

Presentación

Entre las celebraciones de fin de año y año nuevo, los medios de comunicación han aprovechado la ocasión para recordarnos los grandes acontecimientos que conformaron la década pasada. Parece un recurso tópico de las redacciones informativas en estas fechas, pero tiene importancia para situar en perspectiva nuestras responsabilidades como ciudadanos y académicos en el mundo de hoy, sobre todo en la crítica situación que vivimos. A mi juicio, para quienes trabajamos en el campo de las *mediaciones sociales* hay varios procesos que han marcado profundamente la década pasada y que seguirán operando en el futuro próximo:

a) *La integración de la economía y la vida social con los sistemas de información digital a escala global.* El año 2000 lo empezamos con la pesada “broma informática y neo-milenarista” del «efecto Y2K», que no fue precisamente una tarjeta de parabienes típica del calendario festivo. Según se acercaba el comienzo del año se extendieron por doquier los temores de catástrofes económicas y situaciones de caos en todo el mundo por el supuesto colapso de los sistemas informáticos, a causa de la vieja costumbre de los programadores de utilizar solamente los dos últimos dígitos del año para almacenar la fecha en todos los registros y operaciones, omitiendo la centuria (cuatro dígitos). La corrección del error en los sistemas de información críticos de todos los países (banca, salud, transporte, comunicación, energía, defensa, etc.) costó miles de millones de dólares, ocasionando muchas pérdidas para las empresas e instituciones públicas, potencialmente afectadas, y pingües beneficios para las empresas salvadoras del desaguisado.

Cuatro meses más tarde, llegó realmente otro colapso anunciado que barrió del mapa a miles de empresas de la llamada *nueva economía*. En abril de 2000, se produjo el «estallido de la burbuja tecnológica»: se desplomaron en las bolsas los *valores* de las empresas vinculadas al nuevo sector de Internet (las “punto com”) y a la industria basada en la información; en

tres años desaparecieron del sector 4.854 empresas, por quiebra o fusión, y se produjo una suave y larga recesión en las economías occidentales.

El desarrollo de las nuevas tecnologías informáticas y de las telecomunicaciones, en la última década del siglo XX, hizo posible la intercomunicación de los mercados financieros del planeta y con ello el nacimiento de un *mercado global* que opera en tiempo real durante las 24 horas del día. Los recursos financieros disponibles crecieron entonces desmesuradamente y comenzaron a desplazarse cada vez más rápido por toda la red mundial, en busca de prontos y altos beneficios. La especulación financiera se había convertido en un monstruo global.

El capital financiero acudió pronto, como un socio agradecido, para invertir en las empresas de la *nueva economía* (*capitalistas de riesgo* se denominaron); compraron millones de acciones en bolsa, apostando por unas expectativas de crecimiento y éxito de dichas empresas que, a corto plazo, recompensarían su inversión mediante la subida en las cotizaciones de sus títulos. Pura especulación. En efecto, entre 1995 y el 2000, la cotización de los valores bursátiles de las empresas tecnológicas subió rápidamente hasta niveles inusitados. Muchas ganancias y... más inversión. En 1997, sin embargo, algunos economistas comenzaron a cuestionar la sobrevaloración de los títulos y a predecir el estallido de la «burbuja». En abril de 2000 se produjo la debacle.

Ambos casos pusieron de manifiesto el alto grado de integración de los sistemas de información digital en las organizaciones e instituciones de las sociedades contemporáneas y, sobre todo, en el funcionamiento de las economías nacionales y del mercado mundial, especialmente del mercado de capitales.

Y, a pesar de estos incidentes, no parece que haya una vuelta atrás, sino una fuga hacia delante, porque uno de los procesos más arrolladores de esta década recién pasada ha sido la expansión universal de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Muchas de las grandes empresas o servicios de información del sector nacieron en esta década (Google, 1998; Wikipedia, 2001; MySpace, 2003; LinkedIn, 2003; Facebook, 2004; Youtube, 2005; Twitter, 2006; etc.) o renacieron tras el «estallido de la burbuja tecnológica» del 2000 (como Amazon.com, fundada 1994; eBay, en 1995; Apple, refundada en 1997). El caso de Google puede resumir el sentido histórico de este proceso: fundada por dos estudiantes

de la Universidad de Stanford, en septiembre de 1998, con el objetivo de “organizar la información mundial y hacerla universalmente accesible y útil”; la inversión inicial fue de 100.000 dólares; en febrero de 1999 apenas tenía 8 trabajadores en plantilla; salió a Bolsa en enero de 2005; en 2008, la empresa fue galardonada con el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades por su “contribución decisiva al progreso de los pueblos, por encima de fronteras ideológicas, económicas, lingüísticas o raciales”; sus beneficios actuales rondan los dos mil millones de dólares anuales y su valor bursátil los 200.000 millones de dólares.

La investigación social tiene, pues, muchas razones para continuar centrando su atención en este campo, porque históricamente el proceso apenas empieza.

b) *La guerra contra el terrorismo y el movimiento social internacional por Otro mundo posible.* Otros acontecimientos que le pusieron su marca a toda esta década y al futuro próximo llegaron en el año 2001: ocho meses después de la toma de posesión de la presidencia de los Estados Unidos por George Bush (20 de enero, 2001), se produjo el atentado terrorista contra el World Trade Center de Nueva York (11 de septiembre, 2001), que dejó 2.792 muertos y 2.337 heridos. El horror tuvo una larga secuela en más de 100 atentados en diversos países del mundo (en Europa, Asia y África), antes del ocurrido en Madrid, el 11 de marzo de 2004, con sus 192 muertos y 1.463 heridos; por su parte, la guerra contra el terrorismo de Al Qaeda y Saddam Husein en Irak (20 de marzo 2003 - 19 de agosto 2010), en Afganistán y Somalia hasta la actualidad ha dejado también incontables víctimas entre la población civil no implicada en los enfrentamientos militares, cuyas historias aparecen más fácilmente en la prensa que en las estadísticas oficiales.

El 11 de septiembre de 2001 pronto se entendió como un hito histórico en todas las dimensiones de las relaciones internacionales: política, seguridad, transportes, información, cooperación, guerra, economía, derechos humanos, comunicación y cultura. En especial, las intervenciones sociales de los poderes estatales sobre las prácticas de comunicación públicas que se ocupaban de la guerra y el terrorismo internacional, han sido numerosas y diversas, y en ocasiones escandalosas, con el propósito de controlar la opinión pública mundial; al respecto, todavía siguen apareciendo informaciones en WikiLeaks (fundada en 2006). Los estudios sobre estas prácticas de control social son numerosos, pero también existen sobre la contribu-

ción de los medios de comunicación a la inseguridad y al miedo de los ciudadanos, al etnocentrismo y la intolerancia, o, por el contrario, a la convivencia y el diálogo intercultural, especialmente con el mundo musulmán.

Los movimientos sociales de todo el mundo reaccionaron rápidamente contra la inminente guerra en Irak, organizando y convocando simultáneamente *movilizaciones mundiales contra la guerra*, como las que se realizaron en muchas ciudades del mundo, por ejemplo, las de enero y febrero de 2000; las del 15 de febrero de 2003 y las del 20 de marzo de 2005. En estas movilizaciones contra la guerra de Irak, el *Foro Social Mundial* desempeñó un rol muy relevante, por las consecuencias de la guerra en los asuntos principales de su agenda: la pobreza; la deuda de los países subdesarrollados; los acuerdos comerciales internacionales; la violencia de género; la salud; la educación; la democracia y participación ciudadana; el medio ambiente, que se ha deteriorado gravemente en esta década y que amenaza a la humanidad con desastres naturales, contaminación de los mares y de las fuentes de agua potable, y crisis en la producción de alimentos. El primer encuentro de los movimientos sociales que promueven *Otro mundo posible* se realizó en enero de 2001 en Porto Alegre, Brasil, con la participación de 12 mil asistentes de todo el mundo. A partir de entonces, el FSM se ha estado reuniendo en enero de cada año: al segundo (2002) y al tercer encuentro (2003) acudieron a Porto Alegre unas 60.000 personas de 123 países; la cuarta cita (2004) se desplazó a Bombay, India, con una asistencia superior a 75.000 personas; volvió a Porto Alegre en 2005; Venezuela, 2006; Nairobi, 2007; en 2008 se adoptó un formato descentralizado: el Foro Social Europeo, el Foro Social Asiático y el Foro Social de las Américas; 2009, Belém, Brasil; 2010, formato descentralizado con una estrategia única; el encuentro de 2011 se ha convocado para el 6-11 de febrero en Dacar, Senegal.

Creo que el Foro Social Mundial supone un fenómeno social históricamente inédito, por el modo en que se ha gestado desde la propia sociedad civil, por su recurso creativo a las nuevas tecnologías de la comunicación y *el enorme trabajo de mediación social que implica la construcción de un sentido global de las luchas de los movimientos sociales en cada país, así como la organización y movilización de los ciudadanos*. A partir de estas experiencias se ha abierto una importante línea de investigación sobre *participación ciudadana y nuevas tecnología de la comunicación* en el escenario de la globalización. En este número 7 de *Mediaciones Sociales* damos cuenta de dos trabajos que abordan algunos aspectos de este tema.

c) La crisis económico-financiera internacional y la mediación social en la búsqueda de un futuro mejor.

La primera década del siglo XXI nos ha dejado, sobre todo, sumidos en la mayor crisis del capitalismo financiero transnacional, desde la Segunda Guerra Mundial, cuyos estragos socio-económicos han sido destacados por los medios de comunicación más en los Estados Unidos y la Unión Europea que en otras regiones del planeta; los países emergentes, como China, Corea, India y Brasil se están recuperando mejor. Sin embargo, el futuro a medio plazo que nos anuncian los economistas y los dirigentes políticos es muy sombrío. “¡Una década perdida!”, se lamentan los agentes de Bolsa cuando comprueban el balance de las cuentas corrientes. “¡Una década terrible!”, se estremecen los que tienen alguna empatía con la suerte de los trabajadores y los pobres del mundo.

La crisis tiene una partida de nacimiento simbólica bien conocida: el 15 de septiembre de 2008, uno de los bancos más poderosos y antiguos de Estados Unidos de América, Lehman Brothers, anunció su quiebra. Había acumulado enormes pérdidas por títulos respaldados por las hipotecas que tenían en su haber; en el primer semestre de 2008 perdió el 73% de su valor en bolsa, cuando los inversores descubrieron que Lehman Brothers estaba plagado de “hipotecas basura”. Todo había sido una grotesca especulación financiera.

Lehman Brothers informó de pérdidas de 2.800 millones de dólares, se vio obligado a vender 6.000 millones de dólares en activos y anunció el despido de unos 1.500 empleados. El “efecto contagio” fue inmediato. Se supo entonces que muchos bancos en USA, Europa y Japón, principalmente, se encontraban también en una situación crítica o que eran de dudosa solvencia. Las bolsas se desplomaron y las bases del sistema financiero mundial comenzaron a crujir: más de 140 bancos fueron a la quiebra entre 2008 y 2009, solamente en USA; el crédito a las empresas y a los consumidores desapareció; miles de empresas productivas y de servicio comenzaron a cerrar sus puertas y a echar a los trabajadores a la calle. El fantasma de la recesión apareció en escena y el sistema financiero levantó sus ojos al «Señor» (el Estado) y suplicó: ¡Sálvennos o sucumbimos!

Y las Haciendas públicas de occidente acudieron al rescate. Pero, no debe olvidarse que los Estados Unidos y la Unión Europea (con moneda

única desde el 1 de enero de 2002) ya cargaban un déficit público considerable, aunque en diferentes proporciones.

Por esos mismos días, Joseph E. Stiglitz, Premio Nobel de Economía norteamericano y uno de los conferenciantes principales en el encuentro del FSM en Bombay (2004), ponía de relieve la contribución significativa de los descomunales gastos económicos de la guerra de Irak al déficit público de USA (que al final de 2008 alcanzó la suma de 459 mil millones de dólares). En su libro *La Guerra de los Tres Billones de Dólares* (2008), Stiglitz sostiene que la guerra de Irak se había convertido en el conflicto estadounidense más caro desde la II Guerra Mundial; detalla que las previsiones anteriores al conflicto proyectaron costes de 50 mil millones de dólares, sin embargo, los Estados Unidos de América ya se habían gastado casi “tres billones de dólares”, y siguen debiendo facturas por valor de centenares de miles de millones, incluyendo los asombrosos costes que implica cuidar de los veteranos heridos y suministrarles ayudas por minusvalías y cuidados médicos. A esa enorme suma de dinero habría que agregarle los gastos en las guerras de Afganistán y Somalia.

Por otra parte, la guerra de Irak estaba contribuyendo también a la subida de los precios del petróleo, junto a otros factores como la caída en las reservas estadounidenses, el retroceso del dólar, la creciente demanda de economías emergentes como China e India, y la inestabilidad política de exportadores de peso como Irán o Nigeria. Los precios del petróleo se habían mantenido en caída sostenida desde 1986, cuando se derrumbaron hasta los 15 dólares el barril (porque Arabia Saudita se negó a seguir siendo un productor marginal); en los años siguientes no superó los 20 dólares, salvo en 1990, con la invasión de Kuwait por Irak, cuando alcanzó los 40 dólares por barril. En 1999 los precios comenzaron a repuntar suavemente por un recorte en la producción acordado por la OPEP; los atentados del terrorismo internacional y la guerra contra Irak produjeron un ascenso rápido de los precios hasta el shock de julio de 2008, cuando el petróleo alcanzó los 147 dólares el barril; a finales de diciembre de 2008 los precios volvieron a algo menos de 40 dólares, para comenzar a subir nuevamente hasta los precios actuales de 92 dólares, con tendencia al alza.

La subida de los precios del petróleo estremeció fuertemente a todas las economías del mundo. La Agencia Internacional de la Energía informaba recientemente, por ejemplo, que en el último año los costes derivados de la importación de crudo para los países de la OCDE han pasado de

200.000 millones a 790.000 millones de dólares debido al incremento del precio del crudo. Las repercusiones en los países subdesarrollados han sido más abrumadoras todavía y están provocando un aumento de la pobreza de millones de personas.

Al déficit público de USA previo a la crisis (459 mil millones de dólares) hubo que agregarle, por tanto, los 838 mil millones de dólares aprobados por el presidente Barack Obama para rescatar al sistema financiero. Según el Departamento de Tesoro, el déficit público superó por primera vez en su historia la marca del billón de dólares. Al final de 2008, el coste de los rescates financieros en USA alcanzaba la cifra de 1 billón, 15 mil millones. En la Unión Europea ocurrió otro tanto del mismo tenor. Por esas mismas fechas, el costo del rescate de los bancos en crisis ya ascendía a 2 billones de dólares.

Pero, ni los Estados Unidos ni la Unión Europea estaban preparados para repetir los milagros mesiánicos de multiplicar los panes y los peces o de transformar el agua en vino. De modo que, el déficit público se incrementó cada vez más por las inversiones estatales para reactivar las economías y por las ayudas a los desempleados, hasta que se volvió insostenible: algunos estados de la Unión Europea han estado al borde de la bancarrota (Grecia e Irlanda) y, a su vez, han tenido que ser rescatados (mediante más gasto público de los demás estados miembros). Entonces, los acreedores de las deudas públicas (los famosos mercados financieros internacionales) comparecieron con soberbia y oportunismo ante los Estados para reclamar medidas urgentes y contundentes para recortar los gastos públicos, reducir el déficit fiscal y garantizarles la devolución de sus empréstitos con sus respectivos intereses. Y los estados soberanos, con sus gobiernos de derecha o socialdemócratas, han tenido que rendirse ante la soberbia de los mercados y comenzar a hacer pagar a los justos por los especuladores.

Los más severos planes de reforma o ajuste económicos (reducción de salarios, congelación de las pensiones, aumento de la edad de jubilación, aumento de impuestos, reducción de becas y aumento de las tasas escolares, eliminación de gastos sociales, etc.) están haciendo estragos sobre los trabajadores, los pensionistas y los desempleados, las mujeres, los estudiantes, los emigrantes y los jóvenes que buscan un primer empleo, quienes comienzan a salir a calle en protestas populares y huelgas generales, tal como ha ocurrido en Grecia, Gran Bretaña, Francia, Irlanda, Portugal

y España, en ocasiones con violencia. Parece que el Estado del Bienestar europeo está llegando a su fin.

El futuro del crecimiento económico (muy lento y con riesgo de deflación) y, más aún, el del empleo es muy sombrío. El presidente de la Reserva Federal de USA, Ben Bernanke, ha declarado que será necesario un considerable período de tiempo para que la tasa de desempleo vuelva a niveles “normales”, aunque, a su vez, la persistencia de un alto desempleo podría poner en peligro la recuperación económica.

Los economistas e historiadores (consúltese a Robert Brenner, en la revista *SinPermiso*), que sitúan la actual crisis económico-financiera en una larga perspectiva histórica, consideran que aquella tiene un carácter sistémico, más que coyuntural, y que representa el final del *neoliberalismo económico* (que se levantó contra el *keynesianismo* de los años 70, sacralizando la desregulación de los mercados) y del rumbo que le impuso a la globalización. El punto de vista más pesimista, posiblemente, lo asume Jeffrey Garten, antiguo Subsecretario de Comercio con Bill Clinton, quien asegura que lo que nos aguarda en 2011 y en los próximos años son momentos de “turbulencia excepcional, a medida que el ocaso del orden económico global tal como lo hemos conocido avanza caótica y tal vez destructivamente”. En cambio, los *altermundistas*, como Walden Bello, analista senior en *Focus on the Global South*, ven la turbulencia y el conflicto como la necesaria compañía del nacimiento de un nuevo orden. Por tanto, el debate teórico y metodológico sobre los modelos de salida de la crisis está plenamente abierto entre los neoliberales, los neokeynesianos y los altermundistas; están abiertas también las luchas políticas y sociales a nivel internacional por la construcción de un futuro distinto.

En la presentación de estreno de nuestra revista, comentaba que en *La mediación social*, de Manuel Martín Serrano, se teoriza sobre los cambios socio-históricos que supuso el paso del capitalismo industrial al capitalismo monopolista en las sociedades occidentales de los años 70 y sobre la innovación en los procedimientos establecidos para conseguir el ajuste de las mentalidades y comportamientos de los actores sociales a las nuevas condiciones históricas, y asegurar, de ese modo, la reproducción de un orden social más contradictorio y complejo; entre dichos procedimientos de control, *La mediación social* puso de relieve los nuevos usos que se le atribuyeron a la comunicación pública para contribuir de un modo específico al logro de tales objetivos. He dicho también que es muy probable que

este largo período de crisis económica y financiera provoque una *revisión a fondo de dichas prácticas de mediación social*, por parte de los actores sociales en conflicto, en las nuevas condiciones de la comunicación por Internet y los alcances que ha conseguido la globalización en múltiples manifestaciones de la vida social.

Creo, por tanto, que mis palabras de presentación de finales del 2009, siguen teniendo vigencia para seguir adelante con este proyecto editorial: la primera obligación de los investigadores y profesionales de las *mediaciones sociales* es estar a la altura de las demandas urgentes de nuestro tiempo. ¡Que la voluntad firme, la inteligencia despierta y el espíritu de colaboración nos acompañen en todo el camino! ¡Salud, a todos, que también nos hará mucha falta!

Dr. Vicente Baca Lagos
Director de *Mediaciones Sociales*